

## "Cenizas de Izalco": Darwin J. Flakoll y Claribel Alegria

Recordar el pueblo de la infancia y de la adolescencia, el cabo de algunas años, puede servir de estímulo al más diverso repertorio de nostalgias. Violarlo, tal vez sea una equivocación lamentable. Así puede suceder en la vida y la literatura. A muchos autores les ha llevado el tema. Cualquiera de nosotros debe de haber leído más de una tentativa de semejante evocación. Ahora nos encontramos ante una de ellas. "Cenizas de Izalco", de norteamericano Darwin J. Flakoll y su mujer, la nicaragüense Claribel Alegria.

A todos nos parece que escribir es colaboración en una tarea difícil. Casi imposible es imaginar que lo consigan cuando y mujer. Más recientemente y esta colaboración desmienten la casi imposibilidad de hacerlo. Su libro ganó como finalista del Premio Biblioteca Breve, en 1966. Por sus recomendaciones podría ser bien buena. Ahora Nola Barral la publica en su colección Nueva Narrativa Hispánica, que está recogiendo autores y obras de considerable calidad.

Flakoll nació en 1923 en Dakota del Sur, es periodista, diplomático. En su país es conocido como Claribel Alegria, que si ha nacido en Nicaragua ha vivido desde niña en El Salvador; él es leonés en historia; ella, en filosofía y letras. Se entusiasman perfectamente, se casan, viajan, desean escribir juntos. Escriben una antología de poemas y cuentos hispanoamericanos, "New Voices of Hispanic America", que aparece en Boston en 1962. Claribel Alegria ha escrito —solo— varios libros de poemas: "Acuerdo de silencio", "Suite", "Vigilias", "Arquitectura", "Inesperado de mi tiempo" y "Vida dulce". Junto de sus narraciones "Tres cuentos", de hace unos diez años.

En una entrevista publicada en México, Flakoll cuenta que —posteriormente— comenzó a interesarse por el mundo latino de su mujer a través de los increíbles relatos que ella le hacía acerca de personas y lugares. Muchos de los recuerdos se referían a la familia. Él mismo escuchaba y de pronto recordó que con todo eso se podía escribir una novela. Claribel Alegria contestó que en su pueblo, Santa Ana, donde vivió desde los seis años, nunca pasó nada. Flakoll insistió que eso importaba mucho para conformarse en hacer una buena novela. Mientras se pusieron a escribir, la novela se llamó —para no olvidar el tema—: Aquí no pasan nada.

La imaginación de un novelista tiene que afirmarse grandemente para que en su narración nada suceda y parezca, sin

embargo, que ocurran muchas cosas, porque en ningún momento el interés decae y siempre hay algo que está dominando la atención de quien lee. Darwin J. Flakoll y Claribel Alegria atrapan el secreto de entrar imaginativamente en el poblado salvadoreño de Santa Ana y de encontrar en él, que vive seguramente, una existencia bastante poblada de casos y cosas novelescas. Desde luego descubren que, bajo la apariencia de pueblo dormido, puede haberse en erupción permanente un mundo subterráneo de pasiones. Aquí, en Santa Ana, este universo pasional se manifiesta de repente de manera tan visible como al volcán Izalco, que vomita fuego, llamo y cenizas con una prodigalidad que muy poco le falta para ser colosalidad.

En la novela, la salvadoreña Carmen, casada con un norteamericano, con el cual vive, junto a sus hijos, en los Estados Unidos, se ve obligada a volver al pueblo de Santa Ana por ser acosa de morir bebé, su madre. Una multitud de personajes —mucho a saltar, a manifestarse su pesame, a contar —vega o no a cuento— el crecimiento que tiene mayor índice emocional. Carmen vuelve a ver el pueblo de su adolescencia, donde nunca pasó nada. La reacción de la vida es casi inmediata, a poco de hallarse entre visitantes. "Si no se van pronto voy a estallar". ¿Cómo pudo aguantar tanto? Todo está igual que antes y peor. Todo ha ido en declive; no pasa nada en Santa Ana. Los días, los meses, los años no significan nada; aquí el pueblo con una sola historia, sin salir de los cuarteles, sin resurgir nada en qué ocupan las horas. Los hombres hacen, las mujeres despiden al marido. Un marido cierto sobre otro marido estropeado y más mundos sofocantes abajo: los siete ciegos devoradores de Santa Ana en la quietud de su infamia. Las tres viudas de marcial sin hacer nada, se arrojan como bombas en la casa oscura, esperando la muerte. Marciano, encopito, se arroja de un cuarto a otro rodeado de gatos, alando a gatos, buscando café con leche, molando pulgas de san en el talé, trapeando de pensar en nada más que en ellas, alcanzando como avoras sus días escolares y requiezos.

En todo Carmen, el personaje, va practicando en esta existencia sin horizonte, los novelistas logran contar detalles sencillos de ritmos abismados, de vidas trágicas, y la atmósfera novelesca adquiere una realidad irrefutable.

Pero de imprevisto está a andar una vida inesperada, que se oculta al fondo de los corredores de los días más absurdos. Inmediatamente empieza a dar a temer distante sentido. Las cosas de cansado, de hastío insostenible tienen una pulsación agitada. En ellas viven imágenes de esperanza, se agitan los dolores, entra los brazos la pasión, los poseedores de Santa Ana pueden ser —como parece— meras sombras, sino sero veces que se angustian, elegen, matan, perduran, comprenden, saben que vivir es un problema, aunque la solución sea borrosa y tal vez insalvable.

Lo que ha ocurrido es desasosgado: han agitado unos papeles que, cuanto más alta sea la lectura, más intensamente comienza el recuerdo de la madre. No es la mujer sacrificada en el sacrificio, en el pueblo donde nunca pasa nada. Ahora es la mujer que ha sido amada fuertemente, que ha correspondido después de vencer inhibidos y pecores chetivos. La historia de este amor —que da un segundo plano a la novela, animándola— va siendo contada por Carmen tan vivamente que a menudo la obliga a trazar un paralelo entre la vida de su madre y la propia. Surgen comparaciones. Vienen secretas preguntas y tratan de buscar el sentido de estar en el mundo. No porque sea angustia que todo ser lleva en sí en disponibilidad, potencialmente libre de invadir el tiempo, de cambiarlo todo.

Junto a este cuadro de una mujer que va consiguiendo mayor conciencia de su propia vida mientras se esfuerza a reconstruir la vida ajena, la de su madre, que subitamente revela aspectos interpretados, las novelas toman el trazo de las pasiones políticas, y en seguida saltan a escena militares amosados, macedonismos hambrientos y finalmente engañados, agredidos. Este violento telón de fondo permite salir a esa dolorosa vida de ciertos pueblos latinoamericanos que en cualquier instante, agitados por las enfermedades, por los resentimientos, por la miseria, arrojan ligeramente contra todo, siendo rechazados de nuevo con una crueldad que ágilmente cruza el umbral de la verdad.

Con paso mesurado, que nunca se da prisa, la acción novelesca va de la inmediatez de un pueblo pequeño a la agitación de las pasiones racias, amorosas o políticas, donde la vida enseña: dar su acento de dura muerte.

Hernán del Solar

## "Cenizas de Izalco": Darwin J. Flakoll y Claribel Alegria

### [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1967

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

"Cenizas de Izalco": Darwin J. Flakoll y Claribel Alegría [artículo] Hernán del Solar.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile